

Un libro de 145 páginas, de modesta edición, nos devuelve al pasado literario, político, periodístico y bohemio de Chile en los años 20 y 30. Se llama "Aprendiz de escritor" y su autor, Luis Enrique Délano, parece haber resucitado en 1994, a diez años de su muerte. Primero vimos una bella exposición de sus cuadros de día domingo y ahora leemos sus escritos de cronista sabroso, rápido y evocador.

Con certeros brochazos, Délano relata diez años de su juventud. Se trata de regocijantes recuerdos en los que aparecen varios personajes que fueron piezas vitales de un país en ebullición.

Los años liceanos del autor en Quillota fueron alegres y soñadores. La tranquilidad provinciana de la ciudad era sacudida a veces por personajes como "el Pope Julio" que predicaba en la Plaza de Armas blasfemias contra la religión que no podían apagar ni siquiera las campanas de la iglesia a todo repique. Allí fue profesor del liceo un poeta notable, Romeo Murga, que a los 21 años murió de tuberculosis. Délano intentaba ser poeta y era avasallado por la influencia de los "Veinte Poemas" de Neruda, que ya



Luis Enrique Délano

entonces era el devocionario de los amantes.

Cuando vino a Santiago a estudiar pedagogía y derecho, un amigo le dijo: "Si quieres ver a Neruda, consíguete dos pesos cincuenta y te vas al Jote". En ese restorán de la calle Bandera encontró Délano al joven Neruda con su voz cansada y su capa negra. Lo

rodeaba un grupo de amigos a los que el poeta invitó al cine Esmeralda. Allí tenían entrada gratis. Todos eran pobres solemnes.

El joven Délano fue en 1925 un agente electoral de la campaña presidencial de Vicente Huidobro. Los votos obtenidos por el poeta no le habrían alcanzado para ser elegido regidor de un

## Aprendiz de escritor

pequeño pueblo. Luego, el cronista se refiere a los tiempos de la dictadura de Ibáñez, a la efímera República Socialista, a la dictadura de Dávila que durante tres meses envió al destierro a numerosos adversarios.

El "Aprendiz de escritor" dejó los versos para transformarse en un cuentista de la escuela imaginista que comandaba Salvador Reyes. Sus personajes eran gitanos, marineros vagabundos, fumadores de opio. Mientras tanto visitaba la capital el admirado y extravagante Ramón Gómez de la Serna, que se presentó vestido de blanco y negro. Y Benjamín Subercaseaux regresaba de París y daba conferencias en un café de la Alameda ante atónitos clientes que no entendían nada. Y el poeta Meza Fuentes retaba a duelo "por cuestiones de honor" a Eugenio González, que más tarde fue rector de la Universidad de Chile.

El cuentista fue desviado al periodismo por la necesidad de ganarse la vida. Debutó en "El Mercurio", donde conoció a Daniel de la Vega, quien llegaba con sus

cuartillas escritas cuidadosamente a mano. Fue también - con Roberto Aldunate - uno de los fundadores de la revista Ecran, especializada en cine. Allí creó, junto al escritor Reinaldo Lomboy, una corresponsal imaginaria que "enviaba" despachos desde Hollywood, y que recibía cartas de amor de los lectores.

El libro es recorrido por las vivas imágenes de Alberto Rojas Giménez, José Santos González Vera, Manuel Rojas, Alejandro Gutiérrez, Alberto Romero, Gerardo Seguel, Juvencio Valle, Humberto Díaz Casanueva. La memoria de algunos de ellos se extingue y poco les dicen a las nuevas generaciones. Délano los revive con su arte de gran cronista.

Lamentable. El libro es breve. Cuando concluye uno queda echando de menos la convivencia que su autor establece con la crónica y los personajes del Chile de otros tiempos, que son representados como seres jocundos, quijotescos y magníficos. Délano demuestra que el buen periodismo puede hacer sentir con mucha eficacia las radiaciones de la vida.